
Editorial

Pablo V. Carlevaro*

La interrelación que existe entre el gremio médico constituido en Sindicato y la Facultad de Medicina —órgano de la Universidad de la República— es un hecho notable que singulariza al Uruguay en este aspecto de su vida institucional, social y cultural y lo distingue del resto de los países del mundo.

Porque es cultura lo que crea cotidianamente en el quehacer de los gremios y es cultura lo que ha hecho y aspira a seguir haciendo —entre nosotros— la Universidad.

Porque la interrelación, y la reciprocidad de acciones e influencias y, sobre todo, la mancomunidad de ideales y valores esenciales identifica a los médicos con su Facultad y hace que la Facultad se manifieste —con toda la fuerza de su magisterio— en el acto individual de los colegas que con su capacidad y su decencia honran la profesión médica y la institución que los formó.

Es sobre esos entendidos que acepto esta invitación de la dirección de la Revista a escribir un editorial que, en toda publicación, es cuestión de la Casa.

No sólo me siento de la Casa en lo personal, sino, por sobre todo, siento que la institución que represento es objeto de devoción filial por parte del gremio de los médicos desde el mismo momento que éste se fundó —dos tercios de siglo atrás.

Vivimos un tiempo que históricamente debiera ser el de la reconstrucción y el renacimiento.

Son urgentes reconstruir nuestra Facultad, cambiar sustancialmente la atención de la salud y promover el renacimiento de la investigación científica sobre bases de autenticidad.

Por primera vez, la Facultad tendrá que definir una política de investigación e impulsarla.

Deberá promover la investigación por parte de la Universidad acerca de los grandes problemas del país —que tendrá necesariamente que ser multidisciplinaria— sin descuidar la investigación fundamental y la cooperación de clínicos y científicos básicos en proyectos que contribuirán a la creación de cultura, al desarrollo del conocimiento y a la formación de sus cultores, entre nosotros.

Habrá que terminar —por espuria y desnaturalizadora de valores esenciales— con la pseudo-investigación destinada a acumular “méritos” y que otrora fuera caracterizada, con acierto mordaz, como la “blitzkrieg” del papel de los aspirantes a cargos docentes.

* Profesor de Biofísica de la Facultad de Medicina
Decano de la Facultad de Medicina
Universidad de la República, Montevideo-Uruguay

No es la balanza el instrumento idóneo para medir los méritos pesando kilogramos de papel impreso. Habrá que medir sobre la base de la competencia notoria, de la idoneidad moral y de la dedicación vocacional y auténtica para ejercer la función docente en el ámbito de la educación superior.

Sí —en todo caso— se quiere usar un instrumento físico, quizás sea más adecuado un reloj que mida las horas de dedicación fecunda que los “meritómetros” vulgares que registran cifras sin depurarlas de mentiras, impurezas o inautenticidades.

Reiterémoslo: vivimos un tiempo que históricamente debiera ser el de la reconstrucción y el renacimiento. Es el mismo tiempo que vive el país, todo.

Que lo sea depende —en parte— de nosotros, que tenemos que saber hacer de tripas corazón e impulsar el renacer de una notable escuela médica que viene desde el fondo de nuestra todavía breve historia, impulsada por excepcionales maestros. Su inestimable legado de moral y sabiduría fue recogido y acrecentado por generaciones sucesivas. Ahora es nuestro turno.

No dudamos que entre nuestros jóvenes se preserve, intacto, el mismo plasma germinal y la misma fuerza potencial de aquel talento que poseyeron los grandes maestros de nuestra medicina.

Pero con el talento no basta. Habrá que restaurar un clima de recreación de la cultura médica que haga propicia la afloración de aquel talento y que presida estos tiempos de reconstrucción y renacimiento del pequeño país.

De modo pues que la responsabilidad nos desafía y no eludimos aceptarla y admitir, plenamente, que el renacer depende de nosotros.

Sin embargo, quienes tienen entre manos el destino del país deben saber —con la lucidez que los habilita para saberlo— que la cultura no se hace con milagros, que la institución universitaria sufre una pobreza injusta y conmovedora —de solemnidad, sin exageración— y que la ciencia, la investigación y la formación de los jóvenes en las disciplinas científicas y técnicas son, también, parte de la cultura.

Sólo dándole a la Universidad de la República y a su Facultad de Medicina los recursos imprescindibles para renacer y además trabajando duramente —por nuestra parte— habrá milagro de resurrección.

No alcanza sólo con la mística y el aporte de responsabilidad comprometida.

La negación de los recursos mínimos es también —aunque involuntaria— una opción. Obviamente implica optar por consolidar el retroceso, el atraso y la miseria que nos legaron los valerosos cruzados de la dictadura, que todo lo pudieron y nada hicieron —excepto el daño.